

Del otro lado / Silvia Gubern

La Fundación Vila Casas en su espacio museo de Can Framis en Barcelona ha hecho justicia histórica al exponer la obra de Silvia Gubern (Barcelona, 1941). La última gran exposición de esta artista la realizó en el Centre d'Art Santa Mònica (BCN) en 1994. La exposición actual, comisariada por Assumpta Bassas, se ha titulado: Esplendor. Volver al origen. Interpreto que, en ese regreso al origen, se nos indica que,

en la búsqueda honesta de Silvia Gubern, no hay líneas continuas, sino un movimiento circular y perpetuo, como es propio de la alquimia interna y cuyo emblema principal es el círculo de la serpiente que se devora su cola. Hay más de cien obras repartidas en seis espacios con los atractores de los elementos fundamentales: agua, aire, tierra, fuego, éter y una sala final en la que el lema es: "La aguja perfora el lino".

Volver al origen significa que, desde siempre, desde niña, Silvia estaba predestinada a traspasar el linde de la puerta y situarse del otro lado. Su perseverancia hacia el tránsito de realidades, ir al otro lado de todo, lo rubricó con la escultura pública Fenixia en el Paseo de las Cascadas, detrás de la Font Màgica (1993). En ella vemos los lindes de una gran puerta hecha en piedra artificial, en cuya parte superior ha

colocado una forma ovoide de vidrio laminado, con un punto en el centro y unas plumas de resina pintada que rematan ese arco rectangular de fuerte contenido simbólico. Esta escultura y su libro de poemas La puerta de los Lindes (1992) nos invitan a transitar, a través de ellos, en un ritual de paso iniciático.

La propia artista nos aconseja que vivamos la exposición de esta manera, es decir, como "un pasaje o un portal que nos invita a explorar nuevas posibilidades, nuevos paradigmas, nuevas aperturas de conciencia"... Silvia Gubern empezó su pasaje hacia el otro lado del linde en 1969 junto a los jóvenes artistas del grupo de "El Maduixer", que era una casa con jardín al pie de la montaña cercana a Barcelona con: Jordi Galí, Àngel Jové, Antoni Llena, pero solo dos de ellos estaban dispuestos a pasar por la puerta estrecha: Albert Porta, conocido luego como Zush o Evru, y Silvia Gubern, ambos perseveraron en la búsqueda del gran poder visionario y sanador. Recuerdo el "Te cura" de Evru en el MACBA en 2001.

Visionaria

Silvia, ya en 1977, antes que nacie, hablaba de "Visiones cotidianas". Sus obras, realizadas con esmalte sintético sobre vidrio, tenían títulos precusores. Los quiero recordar porque no ha dejado nunca de trabajar con ellos y aparecen incluso en la actual exposición. Sus obras de entonces aludían a los grandes ejes de la metavisión propia de una mujer con poder: a los espectros, a los secretos de la esfinge, al oráculo, a los tótems, al rito, al jeroglífico, al azar, a la dualidad, al número, a la geometría, a la palabra, al cosmos, a Dios, a los arquetipos, a la esencia. Todo ello

OPINIÓN

Jesús Martínez Clará

ha creado un repertorio de imágenes que ha trabajado ininterrumpidamente hasta hoy, señaes a la vez muy personales, pero también universales y con un gran caudal simbólico.

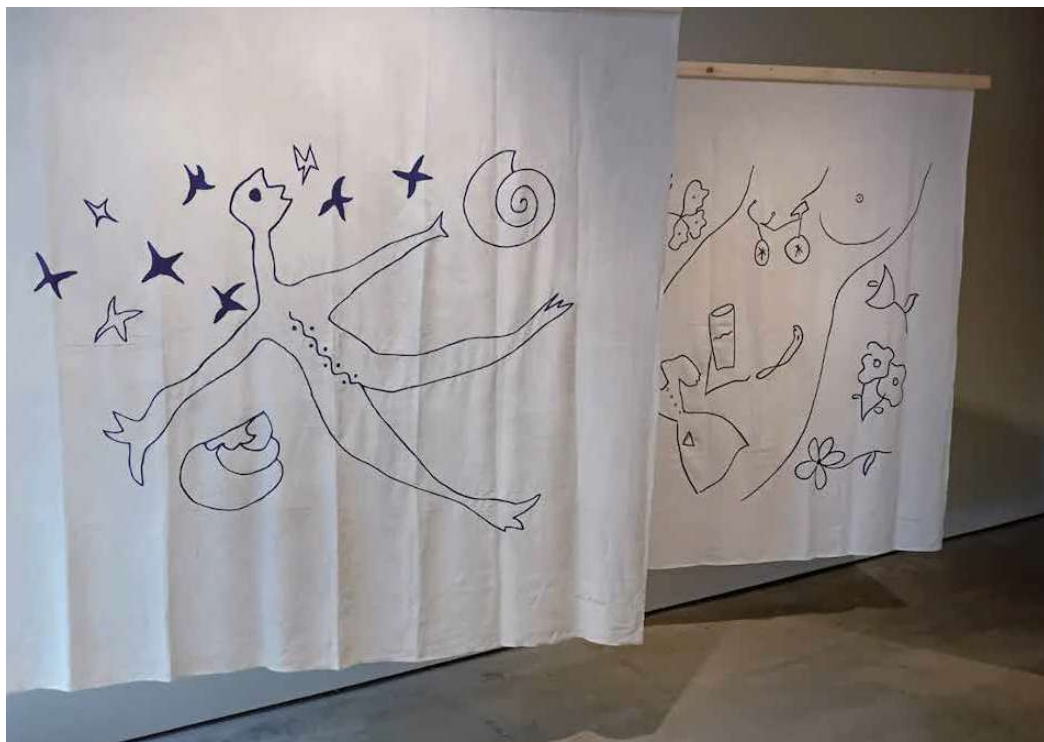
En estos treinta años, Silvia Gubern ha llevado una vida de exploración interior; ha desarrollado todo lo que en ese momento nos anunciaba. Lo ha hecho con su obra artística y también con su poesía. En estos años ha dado el paso definitivo, ha traspasado el linde de la puerta que separa el esteticismo banal del arte contemporáneo y lo ha transmutado en esencia sanadora, en poder chamánico y visionario.

Este poder ancestral está presente ahora en el arte contemporáneo como una novedad, tal como pudimos ver en Arco (2025) (3) con el "Arte visionario" de los chamanes amazónicos o en Catalunya con artistas recuperadas y promocionadas por la crítica de arte Pilar Bonet, que ha creado un grupo de trabajo bajo el titular de: "Visionary women". Este grupo reivindica la recuperación de esta facultad visionaria ancestral que se atribuye a la mujer, tal como pudimos ver en la exposición La mà guiada. Artistas visionarias: Josefa Tolrà y Madge Gill en el MNAC de Barcelona (2023) y otras. Más allá de tenencias, Silvia Gubern lleva ese poder en sí, de un modo innato, y lo ha ido cultivando desde hace muchos años. Lo ha hecho de manera discreta en su casa de Llinars del Vallès, cerca de Barcelona. Un verdadero centro de peregrinación para aquellos que necesitaban su visión o su arte sanador. La previsión de acontecimientos y el contacto con los espíritus de la naturaleza o con los ancestros; las visiones, junto a la magia, son poderes

inherentes a estas o estos artistas, nuevos chamanes de nuestra época.

Un arte chamánico

Silvia G. hace un arte chamánico porque busca formas sencillas con materiales aparentemente simples, como plumas, tejidos, vidrio, o porque no quiere ser virtuosa, sino subrayar la fuerza simbólica de estos materiales. Desde luego, se emparenta con esta tradición amazónica en su deseo de sanación a través del efecto que producen sus obras. Para lograrlo, nutre su energía primordial, rechaza su propio ego y entra en fusión con la naturaleza en la que vive. La consecuencia es el cultivo de rituales propios de la transformación psicomágica. Su labor consiste en que el espectador de estas obras devenga cómplice necesario para que surja un estado de confianza que le permita la sanación o un goce que va más allá del hedonismo estético. Honestidad y simplicidad surgidas del interior del artista chamánico son necesarias, sin las sofisticadas convenciones culturales propias de nuestra cultura. También, como en el arte amazónico, el cuerpo se pone en acción despertando la percepción plena de los sentidos. Una conciencia en la que la visión y el tacto, el olfato, el oído y el gusto definen un arte capaz de conocer y cambiar la realidad, sobre todo la noción que en ese proceso chamánico tenemos del espacio, el lugar y el tiempo. Aunque es una práctica basada más en la intuición que en la razón, sin embargo, necesita una metodología mínima para ser realizada, como sucede con los procesos alquímicos o mágicos. Así actúa sobre las cuestiones complejas que afectan al ser humano y que este no consigue resolver con

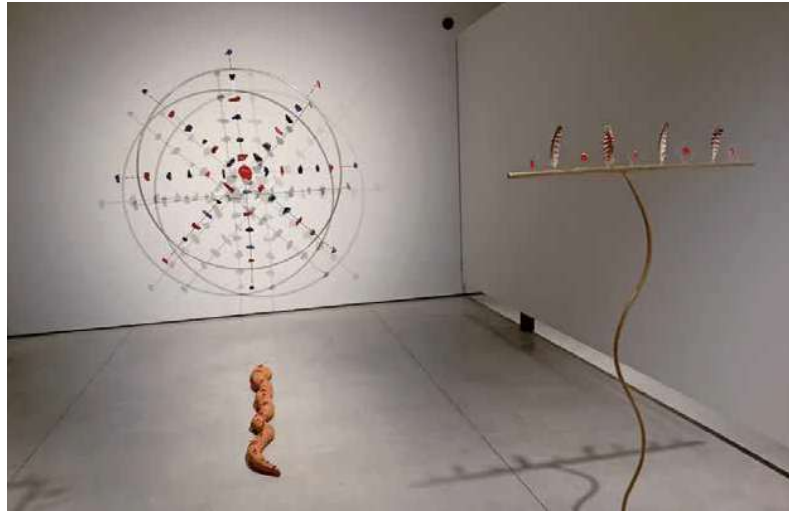


el uso de la razón pura, como la forma, el cuerpo, la naturaleza, el amor, la muerte, la identidad y la diferencia. La atención, la concentración y la contemplación se convierten en los métodos principales de esta artista. Un estado más cercano a la meditación que practican tantas culturas ancestrales para abordar el malestar, el desasosiego y el dolor que domina al individuo moderno y, en consecuencia, también al arte contemporáneo.

Visto desde esta voluntad de ayuda sanadora a los demás, me atrevo a considerar que incluso en su etapa anterior al tránsito que escribo, cuando su trabajo era urbano, cosmopolita y sofisticado en el mundo del diseño, ya nos estaba transformando. En esta etapa, Silvia G. ha entrado en nuestras casas y ha influido, sin

que nos diéramos cuenta, en nosotros a través del diseño textil y de los estampados, en el diseño de marcas gráficas o el interiorismo. La cultura barcelonesa ha crecido y vivido en los escenarios que ella iba preparando y así el viejo y el nuevo "Zeleste", junto a su compañero de entonces Ángel Jové, crearon el espacio en que ocurrieron todo tipo de fabulaciones posmodernas a la luz de sus lámparas de alabastro. Más allá de la retórica posmoderna, S.G. continuó profundizando en su necesidad de transitar.

Esplendor totémico
Sus obras nacen del misterio más profundo que seamos capaces de imaginar. Un lugar que ni ella misma conoce. Por eso el espectador, sin darse cuenta, queda atrapado por sus obras. Silvia quiere captar la atención del espectador y lo consigue con formas concretas, una suerte de "tótems" que producen impresiones y efectos numinosos, invocando a través de la re-



memoración, las correspondencias y las analogías. En ellos residen todos aquellos enigmas que nunca entenderemos de modo absoluto y que, por lo tanto, los hacen aún más venerables y esplendrosos.

Esplendor no es un término aleatorio utilizado para la exposición por la comisaria o la artista, aunque es evidente que menciona la luz y el brillo de sus obras, algo inevitable al utilizar vidrio, pintura reluciente, minerales brillantes, casi piedras preciosas. Creo que se refiere también a la energía mística y universal; se refiere a aquello que queremos conocer para salir de lo oscuro, o dicho desde las diversas tradiciones occidentales y orientales que nos aseguran que la luz que poseemos emana del interior porque somos parte de la energía primordial o de la divinidad.

Para verificar mi intuición, leo en el catálogo editado por la fundación Vila Casas unas

citas de Teilhard de Chardin, el gran defensor de la energía del ser humano. Chardin reconoce, más allá de lo que le permite su condición de sacerdote cristiano, que hay un poder en la evolución impulsada por un fenómeno real y físico que es la energía. El qi o el chi de Oriente, pero no se limita solo a eso, sino que reconoce que es una fuerza psíquica y espiritual que impulsa la propia evolución, sin negar a Dios. Eso mismo es lo que hace Silvia Gubern: abunda en la energía de los materiales sin renunciar a lo divino. Como reza uno de los principios chamánicos, la divinidad se encuentra en la naturaleza y en el respeto a la tradición de sus propios orígenes. Eso supone dar entrada a creencias en el arte que son más fenomenológicas que trascendentes y en el reconocimiento del poder de la forma y de los materiales. En la estancia dedicada al fuego, en el centro de la sala, hay una serpiente de barro

hecha allí mismo con las propias manos y gran esfuerzo de la artista. Se dirige hacia una rueda de ocho radios con líneas concéntricas dispuesta a acogerla. Se dirige hacia el punto omega que, para Teilhard de Chardin, es el lugar de la conciencia suprema, de la unión con lo divino, la meta final de la evolución, allí donde se encuentra también la energía del amor y de la unión entre los seres.

Futuro ancestral

Silvia Gubern, a pesar de su condición de artista contemporánea y occidental, ha conseguido estar en concordancia con los valores de diversas culturas. Ha peregrinado a las fuentes, tanto con el indigenismo amazónico, la cábala hebrea, el hermetismo egipcio, las tradiciones orientales, determinados aspectos de la ciencia alquímica y cuántica, como el origen heterodoxo del cristianismo, que incorpora la figura rompedora de María Magdalena, origen

esotérico del linaje de la flor de Lis. Su obra recoge todos esos principios y los manifiesta en su arte. Su programa artístico consiste en lograr que lo ancestral reverbera en lo contemporáneo. Tal como dice la rotunda cita escogida por Silvia Gubern de Aiton Krenak, líder y filósofo indígena brasileño, que afirma: "El futuro será ancestral". De todos ellos ha sabido rastrear la pista fundamental, aquella que tienen en común las tradiciones mencionadas y que no es otra que el arte de la energía, esa fuerza invisible que establece conexiones entre todas las cosas. El resultado es un arte espiritual y físico a la vez, cumpliéndose la profecía.

En estas obras ancestrales domina el esplendor y el resplandor de la luz. Utiliza el color, la transparencia del vidrio, los dibujos con plata, las plumas; todo es ligereza y claridad en esta exposición, pero especialmente en la última estancia, en la que vemos

una piedra rojo rubí contenida en una copa, una especie de Grial alusivo a la sangre mística y también a la sangre derramada por la punzada de una aguja en el dedo de una mujer que cose.

La aguja perfora el lino

En el último espacio, que denomina la estancia de la Encarnación, leo en la cartela de la pared una afirmación: "La aguja perfora el lino". Damos la última puntada a la noción de tránsito, ese modo de ir al otro lado, de forma literal y física. Sea al coser o al bordar, la aguja va de un lado de la tela al otro para ir creando uniones y esos dibujos de color azul. Cuando la recorria con la artista, reparé en uno de los dibujos bordados, "La serpiente que danza" (4). Me parecía ver una aguja y su ojo señalando verticalmente el centro de un círculo, dispuesta a dar una puntada. Me comenté sus recuerdos de niña, cuando su abuela la hacía coser por la tarde y

cómo la primera resistencia se convertía en una extraña atención, propia de un estado que años más tarde relacionó con la meditación. Le observé que el ojo de la aguja permite hilvanar el hilo; es un traspaso más, de un lugar a otro por una minúscula y a menudo inalcanzable apertura.

En esta estancia hay unas grandes telas en las que vemos unos dibujos bordados en el tejido más noble de la tradición pitagórica: el lino. Según la propia Silvia nos dice: "Hay un esfuerzo de síntesis de la forma y en las que la aguja perfora el lino, son heridas que le confieren eternidad". La gran copa de cristal en la que hay una piedra mineral roja me remite a esa herida y a la sangre; me dice que es como un Grial y, obviamente, en mi imaginario surge la idea de sacrificio, de cruz.

El tejido nos habla también por su propia boca, nos dice que, en las plantas, la corteza, incluso las hojas, están formadas de fibras paralelas horizontales y verticales que producen los mismos entrecruzamientos que en un telar entre el urdido y la trama del hilo, para un chamán una muestra de la sabiduría de la naturaleza y para nosotros, además, la cruz del sacrificio. Ese tejido de lino delicado, perforado por la aguja, me remite a la perfección y a la beatitud de la mujer que, conociendo su poder, sigue cosiendo junto a una ventana. Silvia Gubern quiere —como anhelaba su admirado T. de Chardin— lograr una transformación planetaria del dolor y convertir la ignorancia en conocimiento. Lo hace con su arte, con su poder inevitable, con su facultad visionaria, con todo su esplendor, y retornando al origen.